

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Cristo el incomparable

Hace cerca de 20 siglos un Hombre nació en esta tierra fuera de las leyes ordinarias de la vida natural.

- Este Hombre fue criado de forma modesta; sus padres eran de condición humilde.
- Jamás salió de su país, salvo una vez, cuando era niño y sus padres huyeron con él a Egipto.
- En su nacimiento turbó los pensamientos de un rey; en su adolescencia maravilló a los doctores de la Ley, y como adulto asombró a las multitudes y cerró la boca a sus opositores.
- La creación le estaba sumisa; anduvo sobre las olas y ordenó al mar apaciguarse.
- Sin usar medicina sanó a las multitudes, y lo hizo gratuitamente.
- No escribió nada, sin embargo ninguna biblioteca del mundo podría contener los libros que hablan de Él.
- No compuso cánticos o himnos, pero ha inspirado el tema de multitud de ellos.
- No fundó escuelas, pero las que existen no pueden gloriarse de tener tantos discípulos como Él.
- No practicó la medicina, pero ha sanado más corazones quebrantados que todos los médicos juntos.
- No fue jefe de un ejército, ni reclutó soldados, pero jamás un caudillo tuvo a su disposición tantos voluntarios capaces de reducir al silencio a sus opositores, y eso sin utilizar armas.

Este hombre reveló el engaño de las tinieblas. Vivificó lo que estaba muerto; reconciliaba lo opuesto; producía armonía

en toda disensión; curaba toda clase de enfermedades; él fue y es el Salvador del mundo. Llena de teología los escritos y de cánticos los corazones. Cada oración sincera que sube de la tierra hacia Dios, lo es en su Nombre, y todas las que son atendidas, también lo son a causa de Él.

Todos los genios de la antigua Grecia y de Roma, los sabios, filósofos y poetas, murieron; la mayoría de ellos fueron olvidados, pero el nombre de este Hombre permanece eternamente.

Aunque hayan transcurrido cerca de 20 siglos entre su crucifixión y el tiempo actual, permanece como el Viviente. El rey Herodes no pudo matarlo, Satanás lo tentó sin resultado, la muerte no tenía poder sobre Él, y el sepulcro no logró retenerlo.

Domina sobre todas las cosas en los cielos; es aprobado por Dios, reverenciado por los ejércitos celestiales, adorado por los santos y temido por los demonios.

Este Hombre es Jesucristo, el Salvador y Señor nuestro. ¡Qué humillación la suya! Descendió del trono de Dios a un pesebre, de la cima de la gloria a la humillación profunda, de la posesión de todos los tesoros a la mayor pobreza. Desde antes del origen de la tierra, antes de la creación del sol, de la luna y de las estrellas, cuando aún no había creado la tierra, ni los campos, ni las fuentes de agua, antes que las montañas fuesen establecidas, cuando los hijos de Dios cantaban con gozo, la redención se preparaba (alusión a Proverbios 8:24-32; Job 38:7).

Dejando la posición de Hijo, “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (Filipenses 2:7). Se hizo Hijo del Hombre, a fin de que nosotros fuéramos hechos hijos de Dios (Juan 1:12).

Para tener una apreciación justa de su humillación voluntaria, debemos recordar que vino del cielo. Del cielo, donde nada se corrompe, donde los años no dejan huellas y la muerte no cava la fosa.

¡Prestemos oído! En el cielo se escucha un diálogo para saber quién va a ocuparse de la salvación de lo que está perdido: Miremos a Jesús adelantándose y declarando voluntariamente: Yo iré (Hebreos 10:7, 9).

¡Qué motivo de admiración para los ángeles ver a Aquel que creó los cielos y la tierra con todas las maravillas que contienen, Aquel que da luz a los astros y resplandor al sol, cambiar su vestido de gloria por el de un artesano! ¡Ver al Dios infinito que sostiene el mundo volverse un niño confiado sobre el seno de su madre!

¡Qué humillación! Era rico pero se hizo pobre por nosotros. ¿Hasta qué punto? Preguntémosle a María, su madre, a los pastores de Belén y a los magos venidos de Oriente para ofrecerle presentes.

A los suyos vino, y los suyos no lo recibieron: las puertas se cerraron ante él, salvo la puerta de un establo. ¡Contemplémosle! Un niño dormido en un pesebre. Tenía ante sí un plan maravilloso, un plan concebido por Dios desde antes de la fundación del mundo.

No poseía el pesebre donde nació, ni la barca sobre la cual atravesó el mar, ni el asno en que montó, ni el sepulcro donde fue sepultado. ¡Era pobre! Viendo los pájaros volar y las zorras huir, dijo: “Las zorras tienen guaridas y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza” (Lucas 9:58). Si hubiese llevado bolsa, probablemente no habría contenido ni un denario; cuando tuvo que pagar el tributo debió usar su poder, y por medio de un milagro obtener lo necesario para Él y para su discípulo (Mateo 17:24-27).

En su muerte solo un pequeño número de discípulos sintió dolor, pero en cambio el sol se oscureció y la tierra tembló.

Los caminos que nuestro Señor Jesucristo siguió para cumplir la voluntad de su Padre son maravillosos. No recurrió a la publicidad, ni al ejército, ni a la política para llevarlos adelante. No puso su confianza en la fuerza, como hicieron

los grandes conquistadores. Para cumplir su obra no se apoyó en una organización, civilización, educación o reforma. Depositó su confianza en una cosa vital: ¡la Verdad!

Cuando vino a este mundo, solo tenía un objetivo. No vino para ahorrarnos el dolor, pues Él mismo fue “varón de dolores, experimentado en quebrantos” (Isaías 53:3). No vino para evitarnos la prueba, pues también fue tentado en todas las cosas como nosotros, pero jamás cometió pecado. Su objetivo al descender a la tierra está indicado en las Escrituras:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (Juan 14:6).

“Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo” (Juan 1:9).

“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

“Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8).

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

Amado lector, ¡recíbale hoy mismo!

(adaptado de «Le Salut de Dieu»)

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).